

«Vos toda su confianza, conceded bondadosamente el eterno consuelo á sus cuerpos que aquí reposan, esperando el sonido de la trompeta de vuestro Arcángel. Por Jesucristo Señor nuestro, etc.»

Las últimas palabras del sacerdote, que recuerdan la resurreccion futura, preceden á una ceremonia que es la viva imágen de ella; el celebrante quita de la estaca los tres cirios encendidos y los coloca en los tres brazos de la cruz, accion que dice al hombre: «La esperanza de la resurreccion que descende contigo al sepulcro será realizada por Jesucristo; tú eres su miembro; él es tu jefe; él resucitó; mira su cuerpo brillante de inmortalidad.» Acto continuo arráncase la estaca, pero la cruz permanece en pié, como para decir á todas las generaciones: «Resucitaréis; vuestro Redentor está vivo, vela sobre vosotros, y clava el estandarte de su victoria en el mismo lugar en que la muerte os venciera.» Y el sacerdote, que solo ve en la cruz al Dios que representa, la saluda con respeto, la inciensa por tres veces y se retira.

¡Hombres! ¡no temais ya la muerte, pues no seréis por mucho tiempo su presa; ved sino el emblema de la resurreccion y de la inmortalidad que os espera en el mismo lugar de vuestra sepultura! Si algunos pueblos de la antigüedad hubiesen observado costumbres semejantes, nuestros sabios modernos apurarian su elocuencia en su elogio, y sus declamaciones así en verso como en prosa serian sabidas de todos desde la infancia. ¿Por qué, pues, su indiferencia? ¿Por qué se nos deja en la ignorancia respecto de tales usos llenos de tanta instruccion como de poesía? ¿Acaso porque pertenecen á la Iglesia católica son menos venerables? ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo tendréis dos pesos y dos medidas?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por vuestra solicitud en santificarme y en santificar á todas las criaturas; hacedme la gracia de que comprenda bien las saludables lecciones que me dais por medio de todas vuestras bendiciones.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me respetaré mucho á mí mismo.

LECCION VI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Definicion y division del tiempo.—Fiestas.—Su objeto en tiempo de los Patriarcas, bajo la ley de Moisés y bajo el Evangelio.—Fiestas de los Mártires y de los Santos.—Superioridad de las fiestas cristianas.—Su belleza, sus armonías, sus utilidades sociales.—Santificacion de las fiestas.

I. Definicion del tiempo. Conocemos ya la iglesia y el cementerio, el doble lugar en que se cumplen todos los misterios de la vida y de la muerte. ¿Qué hace la Religion en los templos? ¿qué clase de fiestas se celebran en ellos? Tales son las preguntas á que ahora debemos contestar, si bien para mejor inteligencia debemos antes extendernos en algunas explicaciones preliminares acerca del tiempo, de su *division* y del mismo nombre de *fiestas*.

Primeramente, ¿en qué consiste el tiempo? Si tratásemos de definir el tiempo en sí mismo, diriamos con un poeta célebre que *el tiempo es la imágen movable de la inmóvil eternidad*¹; pero nuestro objeto no es otro que considerar el tiempo en relacion al hombre caído, es decir, al hombre como es en el día. Ahora bien, despues del pecado original, Dios podia tratar al hombre como tratara á los ángeles, esto es, quitarle el tiempo y precipitarle con la rapidez del rayo en una eternidad de tormento; mas, gracias le sean dadas, no procedió de este modo, sino que quiso concederle el tiempo; ¿por qué? Para hacer penitencia; de manera que si el hombre no la hace, será tratado como los ángeles rebeldes, y cuando el tiempo haya terminado, oirá de los mismos labios del sumo Juez esta irrevocable sentencia: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles*². Segun esto, ¿qué es el tiempo á los ojos de la fe, es decir, de la verdad? Es el plazo que la Justicia divina ha concedido á la raza humana para hacer penitencia;

¹ J.-B. Rousseau.

² Matth. xxv, 41.

sí, así es; el tiempo, la vida es una penitencia perpetua; así lo proclama el oráculo infalible de acuerdo con la razón ¹.

¡Cuántos errores desvanecidos, cuántos sistemas destruidos, cuántas ideas rectificadas, cuántos remordimientos quizás ha despertado en mas de una alma esta sola definición! ¡Cuántos ancianos de blancos cabellos saben ahora que es dable morir á cien años sin haber vivido un solo día! Al meditar sobre aquella definición, y al pasear una mirada por el mundo, al ver el uso que hacen del tiempo los reyes y los pueblos, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, hay motivo para ocultarse el rostro con las manos y sentarse, como Jeremías, para llorar sobre las ruinas de la inteligencia. ¡Hombre! ¡hijo de un culpable, y culpable tú también, solo tienes un día para lavar la mancha que afea tu alma, y este día lo empleas en mancharte mas y mas; rey destronado, solo tienes un día para reconquistar el solio, y lo empleas en perseguir vanas fantasmas; esclavo del demonio, solo tienes un día para sacudir tu yugo, y lo empleas en remachar tu cadena, mientras que la noche llega, la noche negra, profunda, inmóvil de la eternidad, en la que no podrás ya obrar! ¡y lo olvidas!

II. Division del tiempo. Para recordar sin cesar el hombre á sí mismo, la Iglesia ha dividido el tiempo, y, como todo lo que procede de la Iglesia católica, esta division lleva el sello de la sabiduría y de la utilidad. En efecto, el año eclesiástico se divide en tres partes: la *primera*, que comprende el tiempo del Adviento hasta Navidad, nos indica los cuatro mil años de preparacion, los suspiros y las esperanzas del mundo antiguo, hasta el momento en que entreabiertos los cielos dejaron descender al Justo, al Deseado de las naciones; la *segunda*, que se extiende desde Navidad á la Ascension, encierra toda la vida mortal del Redentor, y finalmente la *tercera*, que empieza en Pentecostes y termina el día de todos los Santos, recuerda la vida de la Iglesia.

Así pues, esta division del tiempo, que nos traza toda la historia del mundo y toda la del Cristianismo, pasada, presente y futura, termina con la fiesta del cielo, el cielo á donde todo conduce, y fin de

¹ Visum est autem sanctæ Synodo, præcedenti doctrinæ de Pœnitentia adjungere ea quæ sequuntur de sacramento Extremæ-Uctionis; quod non modo pœnitentiæ, sed et *totius christianæ vitæ* quæ *perpetua pœnitentia esse debet*, summativum existimatum est à patribus. (Sess. XVI, 9).

todas las cosas. Semejante division, que trasciende en las ideas y aun en el mismo lenguaje, inspira al hombre, sin que él mismo lo aperciba, muchos santos pensamientos, le comunica la inteligencia de sí mismo y de la vida, y ejerce en las costumbres de los pueblos mas saludable influencia de la que se cree. Si vosotros lo dudais, no lo dudaban por cierto los impios del último siglo, mas inteligentes que vosotros; y en su furor de abolir el Cristianismo ved cuán pronto suprimieron aquella division del año, á fin de extinguir los recuerdos que á ella van unidos, para sustituirle su division y su calendario republicanos. El tiempo y la razón hicieron pronta justicia de tan insensata tentativa, pues no se borran en un día ideas de diez y ocho siglos, sobre todo cuandó estas ideas recuerdan acontecimientos que abrazan la historia entera del género humano. El hombre y el Cristianismo están de tal modo unidos entre sí, que para abolir á éste seria preciso destruir primero y crear otra vez á aquel.

Entre los acontecimientos que componen nuestra historia, los hay gloriosos, los hay tristes, y los hay consoladores; la Iglesia consagra la memoria de todos; pero ¡cosa admirable! en los acontecimientos mas desgarradores que ofrece la Religión á nuestra meditacion hay siempre un lugar para la esperanza, y por lo tanto para la alegría, razón por la cual da el nombre de *fiestas* á los días en que celebra su aniversario.

III. Fiestas. La palabra fiesta significa día feliz, día agradable ¹, y también día de solemne reunion. En todos los pueblos ha habido días de fiestas ó de reuniones, ya civiles, ya religiosas; y como eran seguidas, lo mismo que generalmente lo son aun en el día, de una comida comun, de aquí vino el nombre de *festin*, que equivale á holgorio, banquete de fiesta y de ceremonia. Aun en el Cristianismo los mas santos personajes han opinado que el ayuno y las mortificaciones no deben tener lugar los días de fiesta, en los cuales por el contrario es conveniente hacer un *festin*, es decir, una comida mas suntuosa que de ordinario, opinion que está confirmada por el ejemplo de los anacoretas de la Tebaida.

Por fiestas entendemos aquí los días en los que nos reunimos para alabar á Dios, en cuyo sentido son las fiestas tan necesarias como las reuniones de religion; jamás pueblo alguno tuvo culto público,

¹ *Festus, festivus*. Véase á Ducange.

sin que las fiestas formasen parte del mismo, así es que las hallamos establecidas desde el principio del mundo.

Los Patriarcas tenían sus fiestas, y reuniendo á su familia, ya en una altura, ya á la sombra del cedro ó de la palmera, ya delante de la piedra del desierto ¹, lavábanse, cambiaban de vestidos, purificábanse, y ofrecían sacrificios con motivo de los beneficios que recibieran de Dios: Noé, salvado del diluvio, Abrahan, colmado de bendiciones y de promesas de Dios, Isaac, seguro de su proteccion, Jacob, de vuelta de la Mesopotamia y libre de la cólera de su hermano, *festegan* tan felices sucesos elevando altares y ofreciendo sacrificios. La familia de los Patriarcas, convertida en nacion, tuvo tambien sus fiestas, cuyo objeto, número y aparato se dignó Dios determinar por sí mismo.

El Cristianismo, que continúa y aclara la larga cadena de tradiciones sagradas, tiene tambien sus fiestas, de las que hablaremos luego detalladamente.

IV. Objeto de las fiestas. El objeto principal de las fiestas ha variado segun los tiempos: en tiempo de los Patriarcas, bajo la religion primitiva, el principal objeto de las fiestas era inculcar á los hombres la idea de un solo Dios criador y regulador del mundo, padre y bienhechor de sus criaturas; en la religion judáica estaban destinadas á despertar la memoria de un solo Dios legislador, señor soberano y protector especial de su pueblo; en el Cristianismo nos muestran á un Dios salvador y santificador de los hombres, cuyos designios todos tienden á nuestra eterna salvacion. Así pues, nada mejor que las fiestas para indicarnos el objeto directo del culto religioso, bajo las tres épocas sucesivas de la revelacion; diríanse brillantes antorchas colocadas en el camino de los siglos para mostrar á las generaciones venideras el punto preciso en que se hallaba la investigacion de la verdad en las generaciones pasadas.

Otro objeto de las fiestas es fijar, recordándolos anualmente, los acontecimientos memorables de la Religion; y ¿qué dirémos de los acontecimientos que recordaban á los judíos las fiestas de Pascua, de Pentecostes y de los Tabernáculos? ¿qué de lo que recuerdan á los cristianos estos mismos dias, y la Ascension, y la Asuncion, y Navidad y otros tantos? En las fiestas religiosas está trazada á grandes

¹ Genes. xxxv.

rasgos la historia del género humano. Los judíos perpetuaban tambien por medio de fiestas sucesos menos importantes, y la salvacion de Bethulia por Judith, así como la libertad dada á los judíos por Esther, fueron objeto de fiestas perpetuas.

Lo mismo sucedió en el Cristianismo: en un principio, se celebró la fiesta de los Mártires, pues segun la creencia de nuestros padres en la fe, la muerte de un Mártir era para él una victoria, para sus hermanos un modelo, y un triunfo para la Religion; la sangre de aquel *testigo* cimentaba el edificio de la Iglesia, así es que se solemnizaba el dia de su muerte reuniéndose al rededor de su sépulcro y celebrando en él los santos misterios; los fieles se alentaban con su ejemplo, y crecia su fe y su valor. Las actas del martirio de san Ignacio y de san Policarpo nos manifiestan que así se hacia á principios del siglo II, y no podemos dudar de que se practicó lo mismo en Roma, luego despues del martirio de san Pedro y de san Pablo. En efecto, el testimonio de los Apóstoles y de sus discípulos, sellado con su sangre, era demasiado precioso para que no fuese presentado continuamente á la vista de los fieles. Las mismas razones que motivaron el establecimiento de las fiestas de los Mártires dieron origen á las de los *Confesores*, es decir, de los Santos, que, sin haber padecido la muerte, han edificado la Iglesia con el heroismo de sus virtudes; su vida es un glorioso testimonio de la santidad del Cristianismo, y demuestra que la moral evangélica no es impracticable para nadie. ¡Qué mas útil leccion pudiera consagrarse por medio de una fiesta perpétua!

Lo que antecede nos manifiesta la superioridad de las fiestas cristianas respecto de las judáicas y patriarcales; en éstas se honraban sin duda alguna muy grandes acontecimientos, mas por mucho que lo fuesen, no eran mas que la sombra de sucesos mas grandes aun. ¿Qué otra cosa se deduce de esto, sino que nuestras disposiciones para celebrarlas deben ser mas perfectas que las de los judíos y de los Patriarcas?

V. Belleza de las fiestas. ¿Qué podrémos decir de la belleza de nuestras fiestas, es decir, de su armonía con las estaciones en que se celebran, con los misterios que recuerdan y con las necesidades de nuestro corazon? El que permanece insensible ante nuestras admirables solemnidades, es muy digno de compasion. Quitad nuestras fiestas, y ved cuánta monotonía reina durante el curso del año,

¡cuán fastidiosa é insípida es la sucesion de los días y de las estaciones! Tratad de alterar el orden con que se celebran, y conoceréis la profunda sabiduría que ha determinado su época.

Para citar algunos ejemplos, colocad la fiesta de Pascua ó de la Resurreccion en otoño, cuando todo en la naturaleza presenta la imagen de la muerte, cuando los días decrecen, cuando los árboles pierden sus hojas, las cuales arrastradas por el aquilon ruedan como el polvo de los sepulcros, cuando el horizonte se muestra sombrío y cargado de nubes, ¿no observais un sensible contraste y una extremada dificultad de comprender el espíritu de la solemnidad? Del mismo modo, celebrad la fiesta del *Corpus* en enero, y decidme si sentiréis nacer en vuestros corazones los sentimientos de alegría que debe inspirar el triunfo del Hombre-Dios; por el contrario suponed que en vez de celebrarse en invierno, la fiesta de Navidad se celebre en los hermosos días de verano, ¿no sentiríais debilitarse al momento vuestra compasiva piedad por el recién nacido de Belen? ¿Cómo excitar en nuestro corazon, en medio de los ardorosos calores del estío, aquellos vivos sentimientos de lástima por el tierno Niño transido de frio? Colocad otra vez la Navidad en 25 de diciembre, y á pesar vuestro tendréis compasion del Niño divino que nace en medio de una interminable noche de invierno, en una húmeda gruta, abierta por todas partes al soplo de los vientos: y no os cause esto admiracion, pues en el primer caso existe un desacuerdo entre la fiesta y la estación, al paso que en el segundo existe la armonía, queda restablecido el orden, los obstáculos desaparecen, y el corazon siente sin esfuerzo alguno cuanto debe sentir¹.

Adelantad mas aun en estas misteriosas armonías, y veréis que en el curso de un año no hay ni una necesidad de nuestro corazon que no satisfaga la sucesion de nuestras fiestas; el corazon del hombre es de tal modo, que no puede ni debe experimentar siempre el mismo sentimiento; la variedad le da la vida, la monotonía le mata, semejante á un laud que solo produce delicados sonidos cuando todas sus cuerdas son hábilmente pulsadas. En efecto, necesitamos sucesiva-

¹ Para la justicia de esta observacion, no es necesario que reine igual armonía en todos los climas, imposible á causa de la figura de la tierra y del movimiento del sol. Ciertos pueblos tienen el estío mientras tenemos el invierno; así es que basta que aquella armonía sea perfecta en el centro del orbe católico, en donde está la perfeccion de las relaciones.

mente el sentimiento de la esperanza, de la fe, de la santa tristeza, del gozo, de la alegría y del amor, algunas sonrisas y muchas lágrimas; necesitamos sobre todo una grande variedad de motivos para excitar en nosotros el amor y la práctica de las diferentes virtudes; ahora bien, estudiad bien el enlace de las tres partes del año eclesiástico y la sucesion de nuestras fiestas, y decid si hay en la Religión una sola virtud que no sea propuesta en un año á nuestra imitacion junto con su razon propia, una sola fibra en nuestro corazon que no sea conmovida. ¡Desgraciados aquellos que solo distinguen las estaciones por las sensaciones de frio y de calor, y para quienes nuestras armonías religiosas son como si no existieran! Su insensibilidad moral, su parálisis intelectual es mas que una desgracia, es un castigo; el castigo de aquellos que habiéndose hecho semejantes á los animales por sus apetitos, han merecido el no conocer la vida sino por groseras sensaciones¹.

VI. Utilidades de las fiestas. Nuestras fiestas cristianas tienen además otras ventajas, en cuanto interesan en alto grado al bien material del hombre y á la paz de la sociedad; ¡en tanto es verdad, segun confesion de los mismos impíos, que la Religión que aparentemente solo tiene por objeto la felicidad de la otra vida, es tambien el mejor medio para hacernos felices en esta! «¿Qué debemos pensar, pregunta Juan Jacobo Rousseau, de los que pretenden quitar «sus fiestas al pueblo, so pretexto de que le distraen de su trabajo? «Esta máxima es bárbara y falsa; pues el pueblo solo tiene el tiempo necesario para ganar su pan de cada día; tanto peor para él; «necesita además el necesario para comerlo con alegría, sin lo cual «no lo ganará por mucho tiempo. El Dios justo y benéfico que quiere que se ocupe, quiere tambien que se distraiga; la naturaleza le «impone igualmente el ejercicio y el reposo, el placer y el dolor; el «disgusto del trabajo postra mas á los desgraciados que el mismo «trabajo. ¿Quereis hacer á un pueblo activo y laborioso? Proporcionadle fiestas... Los días que en ellas pierda darán mas valor á «los demás.»

Así pues, el pueblo necesita fiestas, y por pueblo entiendo los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, los reyes y los súbditos; pues todos son hombres, com-

¹ Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. (*Psalm. LVIII*).

puestos de una doble naturaleza y dominados por los sentidos. Y ¿qué fiestas daréis al pueblo para hacerle mas activo y laborioso? ¿Fiestas civiles? no, pues solo son y pueden ser para los habitantes de las grandes ciudades; los gastos que llevan consigo, los preparativos que exigen, las hacen imposibles en las poblaciones rurales, de modo que si estableceis únicamente fiestas civiles, condenais á no tenerlas jamás á aquellos á quienes son mas necesarias en razon de la continuidad de su trabajo y de sus privaciones. ¡Fiestas civiles! ¿no veis que divididos como hoy estamos por los odios políticos, las fiestas civiles ofenden y humillan á una parte de las poblaciones? El triunfo de los vencedores exaspera siempre á los vencidos.

¿Dejaréis acaso al pueblo el cuidado de procurarse fiestas? En este caso el pueblo, y repito que por pueblo entiendo los ricos lo mismo que los pobres, los que habitan los palacios lo mismo que los que duermen en miserables chozas, el pueblo las buscará en la disolucion y en el libertinaje; veréis á unos pasando de la mesa al teatro arruinarse en locas prodigalidades; veréis á otros sepultarse en las tabernas y figones, y degradados, embrutecidos, devorar en algunas horas el sustento de su familia durante una semana entera, condenando á sus hijos y esposas á la miseria y al dolor. Una vez establecido tan desordenado movimiento, hará cada dia nuevos progresos; se multiplicarán los salones de espectáculo, los cafés, las escuelas del vicio, los lugares de disolucion de toda especie, y una falsa política, un sórdido interés y un fondo de irreligion aconsejarán que son necesarios tan fatales establecimientos. Los buenos ciudadanos, los artesanos honrados se quejarán de ello, pues no podrán retener en los talleres ni á sus operarios ni á sus aprendices; pero ¡inútiles quejas! el pueblo necesita fiestas.

Le quitásteis las que le convenian, porque solo ellas podian hacerle mas activo y mas laborioso, y por consiguiente mas moral; os habeis burlado de él cuando asistia á las mismas, le habeis disgustado de ellas, y ha buscado otras; y ahora ese pueblo inmoral y descontento inquieta vuestro sueño y turba vuestros placeres, mientras no os recompensa con la violencia y el pillaje vuestras lecciones de impiedad: ¡tanto peor para vosotros! ¿Cuáles eran, pues, las fiestas que convenian al pueblo, porque eran útiles á la sociedad entera? Las fiestas religiosas; primeramente, todos pueden tomar parte en ellas, no siendo excluidos de las mismas ni los ciudadanos, ni los

campesinos; no son onerosas ni al pobre ni al rico, y muchas veces cifran éstos una gloria y un placer en contribuir voluntariamente á su magnificencia. En ellas nadie se siente humillado, pues no se celebra ni el triunfo de unos, ni la derrota de otros; en nuestros templos no se conocen partidos, así como los hermanos sienten desvanecerse sus odios al hallarse juntos en el regazo de su madre, y si lágrimas se derraman, son de gozo ó de arrepentimiento. Los conciertos profanos, los voluptuosos bailes de los teatros, las vociferaciones de la sensualidad, las riñas del libertinaje son reemplazadas en ellas por santos cánticos, por magnificas y tiernas ceremonias; las pasiones enmudecen, el alma recobra su vigor, y el hombre, honestamente descansado y recreado, se encuentra mas activo y mas dispuesto para el trabajo, por la razon de que se encuentra mejor.

Sí, hacer al hombre mejor, es decir, mas moral, es la gran ventaja, ventaja exclusiva de las fiestas religiosas, las cuales reunen á los hombres al pié de los altares del Señor, cimentan entre ellos la paz y la concordia, y presentan la memoria de los hechos en que la Religion está fundada, que son otros tantos beneficios de Dios; por consiguiente hacen á los hombres reconocidos para con el Señor, y humanos y caritativos respecto de sus hermanos; les ofrecen grandes modelos, Santos de todas edades, de todas clases y de todas profesiones, quienes despues de ser lo que nosotros somos, es decir, débiles y expuestos á tentacion, nos dicen desde el cielo que en nuestra mano está ser algun dia lo que ellos son. No digais, no, que tan sublimes lecciones, dadas en medio del espectáculo, ya majestuoso, ya terrible, ya gracioso de nuestras ceremonias, sean enteramente perdidas, pues en este caso deberíamos desesperar de la humanidad; y ¿qué seria entonces de vuestras pomposas máximas y de vuestros queridos sueños respecto de la perfeccion indefinida de la especie humana?

Al instituir las fiestas, la Iglesia ha procurado el bien de la sociedad lo mismo que el de los particulares, pues en un Estado civilizado la Religion, las costumbres, las virtudes sociales no son menos necesarias que la subsistencia, que el trabajo, que el dinero y que el comercio; los ciudadanos deben ser hombres y no brutos ó autómatas. Ahora bien, ¿sabeis por ventura un medio mejor que la Religion para formar hombres y ciudadanos? Y ¿en qué circunstancias tiene la Religion tanto imperio como en nuestras solemnidades?

No hace mucho tiempo que se proferian quejas contra la multitud de fiestas, y hé aquí que han sido suprimidas la mayor parte, en Francia á lo menos, y ¿qué hemos ganado con ello? El operario, el labrador ha trabajado algunos dias mas, pero ¿es acaso mas feliz? ¡Ah! no, nada ha ganado en la reforma, ni aun para su trabajo, pues hoy pasa en la crápula mas dias de los que pasaba antes en la iglesia cuando se celebraban todas las fiestas; hay mas, ha resultado una diferencia en contra suya, pues al paso que nuestros dias de fiesta nada le costaban, los dias de libertinaje le cuestan su dinero y su salud.

VII. Santificacion de las fiestas. Así pues, la Iglesia se mostró muy sabia, muy maternal al multiplicar sus solemnidades, y puede decirse que jamás hizo de su poder uso mas útil; ¡felices al menos si sabemos aprovecharnos de las fiestas que han tenido á bien dejarnos! Para ello debemos santificarlas, y para santificarlas es preciso comprender el espíritu de la solemnidad. ¿En qué consiste, pues, el espíritu de una solemnidad? En la intencion que la Iglesia se propuso al instituir la, y es preciso conocerla á fin de cumplirla y de penetrar nuestra alma de disposiciones análogas. Unas veces se nos manda una virtud, otras debemos reanimar un sentimiento, siempre algo que *crear* y que *imitar*. Abandonémonos á las impresiones de la gracia, y el Espíritu Santo nos dirá cuánto debemos hacer para celebrar nuestras fiestas, de modo que sean la prenda de la eterna fiesta de la que son una débil imágen; una novena preparatoria es uno de los mejores medios que nos sea dable emplear para mejor disponernos, así como la ferviente recepcion del Salvador es el medio de aprovechar las gracias que Dios derrama en aquellos dias con mayor abundancia. ¡Ojalá sea así para cuantos lean estas líneas ¹!

¹ Sobre las materias que se tratan en esta parte IV del Catecismo, véanse las siguientes obras que nosotros hemos tambien consultado: san Justino, sus dos *Apologías*; Tertuliano, el *Apologético*, las *Prescripciones*, la *Corona del soldado*; Clemente de Alejandría, los *Strómatas*, y el *Pedagogo*; san Agustín, la *Ciudad de Dios*, el *Génesis al pié de la letra*, y los *Libros contra Fausto*; Inocencio I, su *Carta á Decencio*, las *Constituciones apostólicas*; san Isidoro de Sevilla, de los *Oficios eclesiásticos*; Durand, obispo de Mende, *Rationale divinatorum officiorum*, de cuya obra se decia: *Cæteri libri utiles, iste necessarius*; Duranti, primer presidente del parlamento de Tolosa, su excelente obra de *Ritibus Ecclesiæ catholicæ*; el cardenal Bona, *Rerum liturgicarum libri duo*; Boldetti, canónigo de Santa María *in Transtevere*: *Osser-*

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido fiestas que me recuerdan vuestros beneficios y me impulsan eficazmente á la práctica de la virtud.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me prepararé para las fiestas por medio de una novena.

vazioni sopra i cimiteri de' santi Martiri ed antichi Cristiani di Roma, in fol.; el P. Mamachi dominico, *De' Costumi de' primitivi Cristiani*; *Antiquitates Christianæ*, del mismo autor; Le Brun, *Ceremonias de la misa*, *Liturgias de todas las iglesias*; Tomasino, *Tratado de las fiestas*; Baillet, *Fiestas movibles*; Bergier, *Diccionario de teología*; Jauffret, *Del culto público*; Mr. Raoul Rochette, *Cuadro de las Catacumbas*; Mr. Thirat, *Espiritu de las ceremonias de la Iglesia*, *Ritual romano*, y otras muchas etc., etc.